# EL MUNDO PINTORESCO,

## ILUSTRACION ESPAÑOLA.

**PRECIO DE SUSCRICION.**

| | | |
|---|---|---|
| En Madrid..... | Un mes. . . . . | 8 rs. |
| | Tres meses. . . . . | 20 |
| En Provincias. | Un mes (franco de porte) . . . . . | 10 |
| | Tres meses. . . . . | 24 |

N.° 10.

13 Junio 1858.

Este periódico sale todos los domingos.

Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martinez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo.

Un número suelto, 3 rs. vn.

El baile de los muertos.

**SUMARIO.**

Revista universal, por *Z Rubio*.—Un autógrafo de Zea.—A tus lágrimas, por *D. M. Baca y Sevilla*.—Costumbres griegas: el baile de los muertos.—Los Compañeros de Jehú, por *A. Dumas*.—Estátua de Isabel II en la Habana.—Crítica literaria: (Italia, libro de *D. Joaquin Francisco Pacheco*) por *D. A. Cánovas del Castillo*.—La toma de Setenil, bajo-relieve de la silleria baja de la catedral de Toledo.—Los Piratas callejeros, por *D. Manuel Fernandez y Gonzalez*.—El campo de Almansa, por *A. M.*—Modas, por *Maria Antonieta*.

Láminas.—El baile de los muertos.—Estátua de Isabel II en la Habana.—La toma de Setenil, bajo-rêlieve del coro de la catedral de Toledo.—Figurin.

## REVISTA UNIVERSAL.

### ESPAÑA.

—Ya ha llegado á Santa Cruz de Tenerife el vapor *Vasco Nuñez de Balboa*, gefe de la espedicion colonizadora de Fernando Pó y Corisco.

—El Teatro Real, que hace con sus compañías las antítesis que todos sabemos, se halla este año en cuarto creciente, pues ya ha sido contratada la Marieta Gazzaniga, que tantos admiradores tiene en Madrid.

—Dentro de poco dará por terminado el señor Lopez, pintor de cámara de S. M., el gran cuadro de *La coronacion de Quintana*, que hace tres años le ocupa. Como ha dicho muy bien la prensa periódica, este lienzo es una gran página de historia contemporánea. Hay en él retratos exactísimos, entre los cuales llamarán sin duda la atencion cuando se esponga al público, además de SS. MM., el de la señora Avellaneda, los de los señores generales Odonell, Infante, Ferraz, Echagüe, lord Howden, embajador de Inglaterra; Luzuriaga, ministro de Estado; marqués de la Vega de Armijo, secretario de las cortes Constituyentes; marqués de Mos, que como gentil-hombre acompañaba á SS. MM. aquel dia; y muchas de las señoras de la alta sociedad madrileña. En cuanto á los retratos de la comision de coronacion y la parlamentaria, sabido es que son inmejorables. Hartzembusch, Montesinos, Calvo Asensio, Montemar, Cisneros, Barrantes, Galifea, y algun otro que no recordamos, están, como suele decirse, hablando. Creemos que el gobierno espondrá este cuadro al público en el ministerio de Fomento, y luego le colocará en sitio adecuado, que en nuestra opinion deberia ser el palacio del Congreso.

—El domingo 6 del corriente se despidió Teodora Lamadrid del público con *Adriana*. Al revés de los héroes de la guerra, se ha retirado entre vítores, coronas y aplausos.

—Por decreto dado en Aranjuez á 6 de junio, se prorroga hasta fin de año la libre importacion de cereales.

—El consejo real opina que debe ensancharse aun mas la Puerta del Sol. Lo mismo opina el público de Madrid.

—La comision central de monumentos históricos y artísticos, ha presentado en masa su dimision por haberse derribado el famoso puente de Alcántara, acto que con razon califican de vandalismo los periódicos.

—Anoche empezó sus trabajos en el Circo una nueva empresa de zarzuela con la *Pata de cabra*, puesta en música.

—Ha sido asesinado en Málaga un oficial de caballería.

—El Sr. Pellon y Rodriguez ha publicado una curiosa Memoria sobre el cultivo y aprovechamiento del *Holco sacarino-africano, sorgo de China*, y *Holco-sacarino-tártaro*. plantas que el autor está aclimatando en nuestro *pais*.

—Rogamos á los periódicos de Madrid que copian nuestros artículos ó noticias, se sirvan llamarnos por nuestro propio nombre. Casi toda la prensa ha reproducido nuestro artículo *Las locas* del número anterior, atribuyéndoselo al *Museo Pintoresco*, que por otra parte no existe.

© Biblioteca Nacional de España

—En la última funcion de Teodora Lamadrid, á consecuencia de haberse pisado el vestido la Buzon, estuvo á punto de caer sobre la orquesta; pero rehaciéndose con estraordinario vigor cayó de espaldas en el escenario. Este accidente no ha tenido por fortuna consecuencias.

—La esportacion de vinos de Jerez y del Puerto ha sido en mayo de 2,757 botas, cuyo valor es próximamente de cinco millones y medio.

—El distinguido orientalista don Manuel Malo de Molina, ha publicado un *Almanaque histórico-cronológico-universal* para 1858, lleno de datos y noticias curiosísimas, que lo hacen un libro tan útil como agradable.

—Hasta el 20 ó 24 del actual no regresará la Reina á Madrid.

—Ha llegado á Barcelona el Sr. Amat, obispo de Califórnia.

—Una hija del señor duque de S. Lorenzo va á contraer matrimonio con el Sr. Rábago, hacendado de Santander.

—El último correo de la Habana que trajo el vapor *Isabel II* á Vigo, ha tardado nada menos que cinco dias desde esta ciudad á Madrid.

—El P. Miró, agustino calzado de la mision de Asia, ha sido electo por S. M. obispo de Nueva Segovia en Filipinas.

—Ya se ha disuelto la escuadra que ha seguido á S. M. por el Mediterráneo, marchando cada barco á su destino.

—Aun no se ha designado dia para la inauguracion del canal de Isabel II. Lo mas probable es que se verifique entre San Juan y San Pedro. En la calle Ancha de San Bernardo se hacen grandes preparativos. Sobre la puerta y en el corral de Monteleon cuya tapia se ha derribado, se construyen tribunas y tablados para la concurrencia. La fuente, que arroja el agua á cincuenta metros de altura, estará iluminada por la noche con luces de Bengala.—En el depósito se elevan tambien arcos de triunfo colosales, se apresura la plantacion del jardin, y termina la colocacion de la verja, que es por cierto muy elegante, aunque peligrosa para los niños. La fuente monumental que mira al camino de Francia ha parecido pobre á los inteligentes. Sin embargo, los escudos de armas son de un trabajo primoroso, y las dos estátuas que han de llenar las hornacinas laterales rectificarán un tanto la opinion. En el taller de escultura del Sr. Rodriguez, paseo de Santa Bárbara, junto á Chamberí, vimos hace meses los vaciados, que nos parecieron muy notables.

—En la noche del martes próximo se verificará en el Conservatorio de Música un gran concierto vocal é instrumental, á beneficio de los Sres. Casella y Arriola. En su obsequio tomarán parte la distinguida cantante señorita Vianelli Angelica y los Sres. Oliveres, Royo y Carreras. Esperamos que el público inteligente de Madrid premiará con su asistencia á tan celebrados artistas, cuando entre ellos aparece el violonchelista D. Joaquin Casella, que en la actualidad forma parte de la orquesta del teatro de Jovellanos, donde es con tanta justicia aplaudido cuando ejecuta el solo de violonchelo de *Mis dos mugeres*.

—El vómito está haciendo en Cuba grandes estragos. Una de sus víctimas ha sido el comandante de ingenieros Magallon, que hallándose enfermo tomó un vaso de cianuro de potasio en vez de una medicina. Tambien han sucumbido dos facultativos de la armada.

—Se anuncia la traduccion á nuestro idioma de las *Historias estraordinarias*, de Edgardo Poé, escritor de los Estados-Unidos, que es un libro muy notable.

—Ha fallecido en Veracruz D. Vicente Alvarez Miranda, antiguo redactor del *Huracan*.

—Gracias á los acaparadores y logreros, las ideas del libre-cambio ganan tanto terreno en la opinion, que ya no satisface á nadie la próroga de la libre admision de cereales, sino que se desea la franquicia de nuestros puertos. La verdad es, que si el decreto de 3 de junio se hubiera publicado el 3 de mayo, hoy ni estaría caro ni faltaría pan en Madrid.

—La zarzuela nueva *Casado y Soltero*, de Gaztambide y Olona, que se estrenó el dia 8, es una simple medianía. En la música, aunque agradable, se echan los coros muy de menos. El libreto lo mas, lo mas, parece un entremés.

—El conocido escritor don Eduardo Asquerino ha dado un banquete á los periodistas en Valencia, en una cabaña á la orilla del mar.

## ESTRANJERO.

—Ha fallecido en Milan el ilustre Manzoni, autor de la famosa novela *I promessis spossi* y de la no menos famosa oda á la muerte de Napoleon, que tradujo con tanto acierto nuestro poeta Rubí. Contaba 73 años de edad, descendia de la ilustre familia de César Beccaria, autor del *Tratado de los delitos y las penas*, y una de sus hijas está casada con el conde Máximo d'Azeglio, que ha sido ministro en Cerdeña.

—Tres niños de la marquesa de Castelmacio, que acababan de ver representar el *Orestes* en un teatro de Nápoles, quisieron reproducirla en su casa, y con efecto la reprodujeron tan exactamente, que uno de ellos dió dos puñaladas á sus dos hermanitos con un cuchillo de cocina, y despues intentó suicidarse. Las tres heridas son de gravedad.

—Ha habido en París esta semana un horroroso incendio que ha ocasionado muchas desgracias.

Z. Rubio.

### UN AUTÓGRAFO DE ZEA.

El interés que hoy inspira la memoria del malogrado Francisco Zea, cuyas obras se apresura á leer todo el mundo, nos mueve á publicar la siguiente carta que escribió á un su amigo poco despues de su primer empleo. La sencillez, la digna elevacion de este autógrafo, pintan el carácter de su autor con tanta exactitud como Vallejo ha reproducido su rostro. Harto bien dice Bufon que el estilo es el hombre.

Las iniciales de que está plagado este escrito pertenecen, como él mismo lo indica, á escritores distinguidos, oficiales y auxiliares á la sazon de la Secretaría, y amigos de Zea, así como de la persona á quien dirigió su carta. Hemos usado esta fórmula, porque no está aun en las costumbres de nuestro pais el lanzar al público nombres propios, cosa tan frecuente en el estranjero, cuando se imprimen autógrafos notables.

*Madrid 28 de julio de 1854.*

Dos ó tres dias hará que un portero me trajo la tuya, que no dejó de sorprenderme, querido B., porque te daba en Madrid, bañándote, no en las famosas y saludables aguas de Panticosa, sino en el humilde Manzanares, á la sombra protectora de una estera.

Gracias, chico; el que se alegra del bien de otro, le hubiera sacado tambien de la desgracia á haber estado en su mano; y yo sé sin que me lo digas, que este poco de sol que ha entrado por las rendijas de mi puerta, te regocija tanto como si diese en tu ventana. ¡Dios, en pago de tu buena amistad, quiera que me aventajes en fortuna, y que sea pronto! No soy menos sincero que tú.

Estoy en la Ordenacion de pagos del ministerio, sumando, restando, multiplicando. Yo quisiera distinguirme, pero en qué! Aquí, ó no se trabaja, ó el trabajo es tan... y rutinario como te figurarás. C., A., A. y S., estan arriba, el último en el Archivo. Tontos serán los espedientes, ¡pero las cuentas! Poco mas de una semana hace que tomé posesion de mi destino, y ya me llega la prosa hasta la garganta; me va á ahogar. Echo menos mi independencia; pero ya me acostumbraré á pasarme sin ella. Hasta ahora tengo la virtud de la puntualidad, y vengo un minuto antes de que se lleve la lista á la subsecretaría. Es raro: siempre un minuto, jamás dos.

Mucho debo á P.; mucho á todos mis amigos. Cuento con 8000, rs. de sueldo; pero yo preferiria 12 en la biblioteca, y digo 12 porque allí se clava uno en su puesto, y si no baja, no sube. Mi ambicion es puramente literaria.

Adios; no dudo que te probarán los baños; que tu viaje próximo sea feliz, que á tu vuelta te reciba con los brazos abiertos la fortuna. ¡Ojalá se anticipe, y te salga al encuentro en el camino!

Dispon de tu mejor amigo:

Zea.

### Á TUS LÁGRIMAS.

Nunca la rosa es mas bella
que cuando su frente bañan
con su brillante rocío
las blancas nubes del alba.

Tal nunca mas seductora
me has parecido, mi amada,
que hoy, al ver por tus mejillas,
correr abundantes lágrimas.

No las enjugues, bien mio,
no trates, no, de ocultarlas,
no sabes cuánto llorando
me enamoras y me encantas.

Llora, que á la acerba pena
que ha desgarrado tu alma,
solo hallar puedes consuelo
en el llanto que derramas.

Él, cual bálsamo divino
la angustia del pecho calma:
el dolor que no se llora
ese es el dolor que mata.

Cuando un torcedor intenso
el corazon nos desgarra,
que del pecho en cien pedazos
roto parece que salta,

Y una lágrima buscamos
que calme el fuego que abrasa
nuestra encendida pupila
y ella á verterla no alcanza,

Esas que tu desconoces
sí que son terribles ansias;
¡ojalá nunca en la vida
apures tú pena tanta!

Pues llorar te es dado, eres
venturosa en tu desgracia;
el llanto, la paz perdida
en devolvernos no tarda.

Eres jóven, de la vida
aun te luce la mañana;
placeres, glorias sin cuento
en tu carrera te aguardan.

Si una nube de dolores
tu cielo cruzó enlutada,
á disiparla cual humo
de dicha un instante basta.

Cual vemos en el verano
en tarde serena y clara
de nubes vestirse el cielo
que destruccion amenazan,

Y antes de dar una prueba
de su temible pujanza,
convertidas en girones
luego tornar á la nada.

Y acaso, cuando de nuevo
tu pecho albergue la calma
y las presentes zozobras
vislumbres ya en lontananza,

Sentirás si en tu memoria
estos momentos repasas,
un melancólico encanto,
una emocion dulce y grata,

Cual la que siente el viajero
que por la llanura marcha,
al recordar los peligros
de la escabrosa montaña.

Que la mente los recuerdos
cual rico tesoro guarda,
y aunque tristes, nuestra vida
con su perfume embalsaman.

*Febrero* 1858.

Manuel Baca y Sevilla.

### COSTUMBRES GRIEGAS.

### EL BAILE DE LOS MUERTOS.

El cielo siempre azul, la tierra siempre cubierta de flores, el ambiente cargado de perfumes de las naciones meridionales influye de tal manera en su modo de ser, pone en su existencia un sello tan poético, que á veces las ideas mas tristes se cubren con un manto de placer, y la muerte misma aparece como una risueña metensicosis. Los entierros de los niños, que se celebran en Castilla por niños que siguen su féretro cantando y bailando ceñidos de flores, se asemejan no poco á los que hacen los griegos á toda clase de personas. Grecia, la cuna de la beldad y de la poesía, la patria de Pitágoras y Platon, considera la muerte como un sueño, que debe poblarse de alegres armonías y de fantásticas visiones.

Nada mas tristemente dulce, nada mas poéticamente melancólico, que los entierros griegos. Jóven ó anciano, doncella ó casada, vístese al difunto con su traje de fiesta, y coronado de palmas y de flores se le conduce al lugar de eterno reposo.

La Pascua es un perpetuo aniversario de los muertos, como entre nosotros el dia de los difuntos; pero no lo celebran los griegos con blandones ni gemidos, sino con cantos y con danzas, que indican la felicidad que han encontrado en un mundo mejor. Uno de estos poéticos aniversarios es lo que representa nuestra lámina.

© Biblioteca Nacional de España

# LOS COMPAÑEROS DE JEHÚ,

POR

**ALEJANDRO DUMAS.**

TRADUCIDA

POR D. SANTIAGO INFANTE DE PALACIOS

Y

D. FERNANDO JOSÉ GARGOLLO.

El 19 de mayo, Bonaparte y todo su estado mayor se hacian á la vela hácia Oriente; el 15 de junio, los caballeros de Malta le entregaban las llaves de la ciudadela. El 2 de julio, el ejército desembarcaba en Marabout; el mismo dia, tomaba á Alejandría; el 25 Bonaparte entraba en el Cairo despues de haber batido á los mamelucos en Chebréisse y en las Pyrámides.

Durante aquella série de marchas y combates, Roland fué el oficial que conocemos, alegre, animoso, espiritual, arrostrando el calor devorante de los dias, el rocio helado de las noches, arrojándose como un héroe ó como un loco en medio de los sables turcos ó de las balas de los beduinos.

Por lo demás, durante los cuarenta dias de travesía, no dejó al intérprete Ventura; de suerte que con su admirable facilidad, llegó no á hablar corrientemente el árabe, pero si á hacerse entender en esta lengua.

Así, sucedió con frecuencia que cuando el general en gefe no queria recurrir al intérprete, Roland era el que se encargaba de hacer ciertas comunicaciones á los muftis, ulemas y cheicks.

Durante la noche del 20 al 21 de octubre, el Cairo se reveló: á las cinco de la mañana se supo el fallecimiento del general Dupuy, muerto de un lanzazo; á las ocho, en el momento en que se creia ser dueño de la insurreccion, un ayudante de campo del general muerto, corrió anunciando que los beduinos de la campiña amenazaban la puerta de Rab-el-Nassar ó de la Victoria.

Bonaparte almorzaba con su ayudante de campo Sulkowsky, que herido gravemente en Sakehych, se levantaba con mucho trabajo de su lecho de dolor.

Bonaparte, en su preocupacion, olvidó el estado en que estaba el jóven polaco.

—Sulkowsky, dijo, tomad quince guias, é id á ver qué nos quiere esa canalla.

Sulkowsky se levantó.

—General, dijo Roland, encargadme la comision; bien veis que mi camarada no puede sin gran trabajo tenerse de pie.

—Es justo, dijo Bonaparte, sea.

Roland salió, tomó quince guias y partió.

Pero la órden habia sido dada á Solkowsky, y Solkowsky queria ejecutarla.

Partió por un lado con cinco ó seis hombres que halló listos.

Fuera casualidad, fuera que conociese mejor que Roland las calles del Cairo, llegó algunos segundos antes que él á la puerta de la Victoria.

Al llegar Roland, vió que los árabes se llevaban un oficial y que sus cinco ó seis hombres estaban ya muertos.

Algunas veces los árabes, que asesinaban sin piedad á los soldados, conservaban los oficiales con la esperanza de un rescate.

Roland reconoció á Sulkowsky; lo enseñó con la punta de un sable á sus quince hombres, y cargó al galope.

Media hora despues, un guia entraba solo en el cuartel general anunciando la muerte de Sulkowsky, de Roland y de sus veinte y un compañeros.

Lo hemos dicho, Bonaparte queria á Roland como á un hermano, como á un hijo, como amaba á Eugenio; quiso conocer la catástrofe en todos sus detalles é interrogó al guia.

El guia vió á un árabe cortar la cabeza de Sulkowsky y atarla al arzon de su silla.

En cuanto á Roland, su caballo fué muerto; pero él se desasió de los estribos y al instante desapareció en una descarga de fusilería casi á boca de jarro.

Bonaparte arrojó un suspiro, vertió una lágrima, y murmurió:

—¡Todavía uno! y pareció no pensar mas en ello.

Unicamente se averiguó á qué tribu pertenecian los árabes beduinos que acababan de matarle dos de los hombres que mas queria.

Supo que era una tribu de árabes insumisos, cuya poblacion estaba distante diez leguas poco mas ó menos.

Bonaparte los dejó un mes á fin de que confiasen en su impunidad; y pasado este tiempo, ordenó á uno de sus ayudantes de campo, llamado Croiser, que cercase el lugar; destruyese las chozas, cortase la cabeza á los hombres, y las metiese en sacos trayendo consigo al Cairo el resto de la poblacion; es decir, las mugeres y los niños.

Croisier ejecutó puntualmente la órden; se llevó al Cairo todas las mugeres y niños que pudo cojer; y entre aquella poblacion, un árabe vivo, ligado y atado fuertemente sobre un caballo.

—¿Por qué ese hombre vivo? preguntó Bonaporte; dije que cortáran la cabeza á todo el que estuviese en estado de llevar las armas.

—General, dijo Croisier que tambien hablaba algunas palabras del árabe; en el momento en que iba á hacer cortar la cabeza á este hombre, he creido comprender que ofrecia cambiar su vida por la de un prisionero. Pensé que siempre tendríamos tiempo de cortársela, y lo he traido conmigo. Si me he engañado, la ceremonia tendrá lugar aquí en vez de allá abajo; lo que está diferido no está perdido.

Se hizo venir al intérprete Ventura y se interrogó al beduino.

El beduino respondió que habia salvado la vida á un oficial francés, gravemente herido en la puerta de la Victoria; que aquel oficial hablaba un poco el árabe y dijo ser ayudante de campo del general Bonaparte; que lo habia enviado á un hermano que ejercía la profesion de médico en la tribu vecina, donde el oficial estaba prisionero, y que si se le queria prometer la vida, le escribiría para que lo enviase.

Esto podia ser una fábula quizás para ganar tiempo, pero tambien podia ser la verdad; nada se arriesgaba con esperar.

Se puso el árabe bajo una buena guardia, se le dió un thaleb que escribió bajo un dictado, selló la carta con un sello, y un árabe del Cairo partió para entablar la negociacion.

Si el negociador tenia buen éxito, habia para él quinientas piastras y la vida para el beduino.

Tres dias despues, el negociador volvió trayendo á Roland.

Bonaparte esperó aquella vuelta, pero no la habia creido.

Aquel corazon de bronce, que habia parecido insensible al dolor, se derritió en la alegría. Abrió sus brazos á Roland como el dia en que lo volvió á encontrar, y dos lágrimas, (las lágrimas de Bonaparte eran raras), corrieron de sus ojos.

En cuanto á Roland, ¡cosa extraña! permaneció sombrío en medio de la alegría que ocasionaba su vuelta; confirmó la relacion del árabe, pero rehusó dar ningun detalle personal sobre la manera que fué cogido por los beduinos y tratado por el Thable; en cuanto á Sulkowsky fué decapitado y no podia pensarse mas en él.

Roland volvió á hacer su servicio habitual y se notó que lo que hasta allí habia sido valor en él, se convirtió en temeridad; que lo que habia sido una necesidad de gloria, parecia convertirse en una necesidad de muerte.

Además, como sucede á aquellos que arrostran el hierro y el fuego, el hierro y el fuego se apartaban milagrosamente de él; delante, detrás de Roland, á su lado, los hombres caian: él quedaba solo de pie, invulnerable como el demonio de la guerra.

Cuando la campaña de Syria le enviaron parlamentarios á Djezzar-Pachá para intimarle á rendirse; ninguno de ellos volvió: les cortaron la cabeza.

Se trató de mandar un tercero y Roland se presentó, insistió en ir allí, obtuvo, á fuerza de instancias, el permiso del general en gefe, y volvió.

Tomó parte en cada uno de los diez y nueve asaltos que se dieron á la fortaleza; en todos se le vió llegar hasta la brecha; fué uno de los diez hombres que penetraron en la torre Maldita; nueve quedaron allí, él volvió sin un rasguño.

Durante la retirada, Bonaparte ordenó á la caballería del ejército dar los caballos á los heridos y enfermos; pero sin entregarlos á los pestíferos por temor al contagio.

Roland dió el suyo con preferencia á estos: tres cayeron á tierra, y él volvió á montar despues que ellos, y llegó sano y salvo al Cairo.

En Aboukir se arrojó en medio de la pelea, penetró hasta el pachá forzando el círculo de negros que le rodeaban; lo detuvo por la barba; sufrió el fuego de sus dos pistolas, de las cuales una quemó el cebo solamente, y la bala de la otra pasó bajo su brazo y fué á matar á un guia detrás de él.

Cuando Bonaparte tomó la resolucion de volver á Francia, Roland fué el primero á quien el general en gefe anunció su vuelta; cualquiera otro hubiese brincado de alegría, él solo se quedó triste y convulsivo, diciendo: «Mejor hubiera querido que permaneciésemos aquí, general, tenia mas probabilidades de morir.»

Sin embargo, hubiera sido una ingratitud en él no seguir al general en gefe, y le siguió.

Durante la travesía estuvo molino é impasible. En los mares de Córcega se descubrió la flota inglesa; entonces solamente fué cuando pareció volver á la vida. Bonaparte declaró al almirante Gantaume que se combatiese hasta la muerte, y dió la órden de hacer saltar la fragata antes que amainar el pabellon.

Pasaron sin ser vistos en medio de la flota, y el 8 desembarcó en Frejus. Aquí disputaron sobre quien deberia tocar primero la tierra de Francia; Roland bajó el último.

El general en gefe parecia no fijar la atencion en ninguno de estos pormenores; y ni uno se le escapaba; hizo partir á Eugenio Berthier y á Bourrienne, sus ayudantes de campo, y su séquito, por el camino de Gap y Draguignan. El tomó de incógnito el camino de Aix, con el objeto de juzgar por sí mismo el estado del Mediodía, no conservando á su lado mas que á Roland. Al llegar á Aix en la esperanza de que la vida volveria á aquel corazon destrozado por un golpe desconocido con la vista de la familia, le anunció que lo dejaria en Lyon, dándole tres semanas de licencia á título de gratificacion para él, y de sorpresa á su madre y á su hermana.

Roland contestó:

—Gracias, general; mi hermana y mi madre serán muy felices en volverme á ver.

En otro tiempo Roland hubiera contestado:

—Gracias, general, seria muy feliz volviendo á ver á mi madre y mi hermana.

Hemos asistido á lo que pasó en Aviñon; hemos visto con qué profundo desprecio del peligro, con qué disgusto amargo de la vida, Roland marchó á un duelo terrible. Hemos escuchado la razon que dió á sir John de su indiferencia enfrente de la muerte. ¿La razon era buena ó mala, verdadera ó falsa? Sir John debió contentarse con ella; evidentemente Roland no estaba dispuesto á dar otra.

Y entre tanto, como hemos dicho, ambos dormian ó parecian dormir, rápidamente llevados al galope de los caballos de posta por el camino de Aviñon á Orange.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

## ESTATUA DE ISABEL II, EN LA HABANA.

Hay dos hombres en la España moderna, dos hermanos que se disputan el honor de la iniciativa en todas las empresas grandes, en todas las obras patrióticas. Estos dos hombres son los generales D. Manuel y D. José de la Concha. Otra observacion mas curiosa aun. Cualquiera diria que para no eclipsarse mútuamente se han repartido su grata tarea, tomando don Manuel las mas ricas provincias de España; Cataluña, Castilla la Nueva y Andalucía, mientras don José desarrolla su genio fecundo y emprendedor en la mas rica de nuestras Antillas, en Cuba. A esta observacion responden los títulos nobiliaros que ambos llevan, pues mientras D. Manuel es marqués del Duero, es su hermano, D. José, marqués de la Habana.

Entre las reformas y embellecimientos que debe esta perla de los mares españoles á su querido capitan general, se cuenta la estátua de Isabel II, que hoy presentamos á nuestros lectores, tomada de una exactísima fotografía. La falta de espacio nos impide entrar en pormenores acerca de su mérito artístico y de las circunstancias y ceremonias de su reciente inauguracion. Solo diremos que como obra de arte, solo se advierten en esta estátua los defectos inherentes á haberla ejecutado un artista estranjero, Felipe Garbeille, natural de Marsella. El parecido no es grande en verdad como advertirán nuestros lectores; *el aire español*, ese aire que en tan alto grado posee S. M. la Reina, tambien le falta en el monumento; pero en cambio los demás detalles artísticos son de mucho mérito; la actitud magestuosa y digna, y los ropajes de mano maestra. Está esculpida en el mármol mas esquisito de Carrara.

Hoy que tenemos un artista tan notable como Grajera; hoy que toda España acaba de coronar con sus aplausos al modesto autor de la estátua de Mendizabal, es mas lamentable que nunca que obras como el monumento en cuestion se encomienden á manos estranjeras, que si saben cincelar, no saben cómo circula en las venas la ardiente sangre española.

© Biblioteca Nacional de España

## ITALIA.

ENSAYO DESCRIPTIVO, ARTÍSTICO Y POLÍTICO,

*Por don Joaquin Francisco Pacheco.*

De ningun pais de la tierra se ha escrito tanto como de Italia; y ningun otro ofrece, sin embargo, tantos atractivos al viajero.—La belleza de sus campos; la originalidad multiforme de sus ciudades; las ruinas de todos los siglos; las memorias de todos los grandes pueblos; las maravillosas obras de arte, que, por donde quiera se ofrecen á los ojos del viajero en Italia, pueden dar materia á muchos libros, *aun despues de haber inspirado* ya centenares de ellos, en cada uno de los paises cultos del mundo moderno. Tal es el privilegio de las cosas bellas, que no bastan para esplicar lo que ellas encierran en un valle, en un cuadro, en una ciudad, en una estátua, millares de páginas de erudicion, de razonamiento, de entusiasmo.—Así la Iliada, solitaria como una roca levantada sobre el revuelto Océano de la historia, ve estrellarse á sus pies imitaciones mas ó menos afortunadas, comentarios mas ó menos hábiles; doctos análisis, brillantes y universales encomios. — Así observa la Italia cómo desembarcan en sus playas floridas, ó atraviesan sus nevadas cumbres, alpinas, y apeninas, enjambres de peregrinos de diversos climas y lenguas; el antiguo scita, que busca *entre sus escombros* las despedazadas reliquias de los dioses que derribaron de los pórticos Genserico y Totila; el picto indócil y el terrible germano, que humedecieron un dia con su sangre la arena triunfal del anfiteatro Flavio; el galo que hoy guarnece el Capitolio, donde no pudo llegar, desde el cenagoso Allia, la espada vencedora de Brenno; tal vez el español meditabundo, que á cada paso recuerda en su camino la gloria de los antepasados, y la humillacion de su pais al presente; y ella, la hermosa de las naciones, la querida de todos los pueblos, permanece siempre intacta, siempre nueva, siempre rica en emociones y maravillas, como la Venus del politeismo griego, como Ganimedes ensalzada á la belleza inmortal.

¿Qué estranjero eminente ha dejado de visitar en estos últimos años la Italia? Ninguno, cualesquiera que hayan sido las inclinaciones especiales de cada cual de ellos.—¿Y quién de ellos ha visitado la Italia sin dedicar algunas páginas á su memoria? No es fácil recordar el nombre de alguno, si lo ha habido; tan rara debe ser la escepcion en esta regla.

Allí, en Italia, esperimentó Lord-Byron las mas violentas de sus pasiones, y escribió sus mas hermosos versos: el Arno refleja en sus aguas al pasar por las calles de Pisa, un palacio de mármol blanco, donde el poeta sostuvo batallas y asaltos contra el vulgo irritado de sus estravagantes fantasías; y en las mal alumbradas riberas del gran Canal de Venecia durante las oscuras noches de invierno, brilla á las veces todavía como un ascua de oro, el palacio ojival, que abrigó en sus salones al romántico viajero, y á la hermosa y exijente veneciana que hizo, en aquellos lugares, tan dulces y tan amargos sus dias.—Allí tambien, en Italia, descifró Byron el dolor sublime del galo herido del Capitolio, que tantos siglos no habian comprendido: creíasele un gladiador miserable, que sentia tal vez en el último trance no morir á gusto de sus señores; y no era sino un guerrero vencido, de aquellos que dejó sin patria el brazo inteligente de César; que al despedirse de la vida, se despedia asimismo de su patria difunta. Las dulces marinas de Nápoles, en la punta florida de Castellamare, y en la herradura de Baia, cargada de ruinas gigantescas, enjendraron en el vago espíritu de Lamartine aquellas meditaciones sublimes, y *aquellas fábulas tiernas que han entretenido* apaciblemente los ocios de las últimas generaciones; y puede decirse que en los propios sitios recogió Bulwer las flores que Nydia, la niña ciega, vendia por las calles de la alegre Pompeya, pocas horas antes que la ceniza de un volcan desconocido cegase los muros, los templos, el circo, el puerto mismo de la ciudad desdichada.—Recordemos tambien que Goete aprendió á escribir trajedias griegas con dibujar estatuas griegas en las galerías estensas del Vaticano; y que el mundo ideal de piedra de Belvedere, y de la fuente de Monte Cavallo, grabó mas profundamente en su ánimo que ninguna filosofía el culto de la forma, de la naturaleza, del Dios-Mundo.—Recordemos al propio tiempo que Chateaubriand, aturdido, superficial cuando pasó los Alpes por vez primera, dobló su frente ante los prodigios de inteligencia que Roma ofrecia á sus ojos, y tuvo tiempo para pensar en ellos aun despues de decirle el Papa que tenia abierto sobre su mesa el *Génio del Cristianismo*; que era la mas grande de las satisfacciones para aquella ilustre, pero presuntuosa naturaleza.—Jules Janin, Edgard Quinet, Jorge Sand, los talentos populares, lo propio que las inteligencias escogidas, se han nutrido en la contemplacion de las cosas de Italia; todos han depositado una flor sobre aquel inmenso cementerio de pueblos, de ideas, de esperanzas, de dioses y de héroes, á un tiempo florido y solemne, como los cementerios del dia.

Estátua de Isabel II en la Habana.

Solo la España ha escaseado sus visitas á la tierra gloriosa, que estuvieron ya á punto de conquistar sus guerreros, en Cannas, bajo el mas grande de los generales antiguos; que sujetaron á su autoridad ó á su influjo predominante, muchos siglos mas tarde, Pedro de Aragon y sus almogabares, Alfonso V, el rey letrado y guerrero de la edad media; Gonzalo de Córdoba, el primero de los capitanes del Renacimiento, *padre y maestro de los del mundo moderno*; Antonio de Leiva, encarnacion primitiva del espíritu militar de nuestra época, soldado de fortuna que se eleva sobre los príncipes y los señores, por la superioridad de su espada; hombre del pueblo que recibe á Cárlos V., en las filas de una compañía de infantes, como mas tarde la clase media, á que pertenecia, ha impuesto á los monarcas sus opiniones y sus leyes.—Ni tantos recuerdos, ni el amor de las antigüedades clásicas y de las artes que por sí solo estimula á las demás naciones del mundo, han bastado para promover, á favor de la Italia, la curiosidad que Francia, Inglaterra, Bélgica misma escitan en los ánimos de los españoles.—A las veces las emigraciones numerosas que en 1815 comenzaron á desolar nuestra patria, han lanzado á las costas italianas centenares de compatriotas nuestros; pero devorados los unos por las pasiones políticas, incapaces los otros de apreciar bellezas que, para serlo, exigen laboriosos estudios y preparaciones, poco han escrito que haya merecido en España, ó fuera de ella, los honores de la lectura.

Hay una relacion, del «viaje de un español á Levante,» impresa en Nueva-York en 1833, que no deja de contener oportunas observaciones acerca del estado político y administrativo de la Italia por aquel tiempo; pero donde se hallan casi olvidadas las bellas artes; y otra de un antiguo periodista, tambien somera y sin algunas pretensiones de obra crítica.—Esto y algun artículo aislado, ó tal cual alusion en obras de diversa naturaleza, á la residencia de los autores en Italia, es cuanto poseemos en nuestra lengua acerca de aquel pais verdaderamente privilegiado.—Ponz, que conocia perfectamente la Italia, no quiso aplicar á describirla el alto juicio que mostró en sus viajes artísticos por España y parte de Francia é Inglaterra.—Otro español hubo, á principios del siglo, que pudo escribir de Italia con sumo acierto y no lo hizo; Azara, cuya memoria es cara en Roma todavía, por su recoleccion de las obras de Mengs, por la proteccion que otorgó á las de Winkelmann, en la clásica traduccion del arqueólogo Fea; por la amistad que le unió con estos hombres ilustres, lo mismo que con Alfieri, con Bonaparte, general de la República triunfante, con todos los personajes ilustres de su tiempo.—Estaba, pues, reservado al señor Pacheco, poeta, orador, artista de corazon, tanto ó mas que jurisconsulto y hombre público, abrir esta senda no trillada, y dar á España un libro, y un gran libro, acerca de la *Italia*.

Comienza su relacion este autor desde las faldas septentrionales de los Alpes, en la alegre y fértil Provenza, donde usurpa su gloria á Tiro, y el dominio del Mediterráneo á todas las ciudades marítimas de sus costas, la grande, incolora, *próspera y codiciosa* Marsella. Desde allí se encamina por las marinas á buscar el paso que abrió la naturaleza, desde la Península itálica al continente, entre las faldas de los Alpes y el mar; y en Niza, saluda por primera vez la tierra italiana.—No es allí sin embargo, donde comienza á sentirse su belleza: Chateaubriand no la esperimentó en su alma hasta que el viento empezó á agitar sobre su cabeza los álamos del Pó. El señor Pacheco, por otra via, por la celebrada *Cornisa* que corre paralela al mar, besando sus olas, sobre precipicios inaccesibles, que hacen de este viaje uno de los mas varios en emociones del mundo, fué á parar á Génova, y allí se halló ya con la verdadera Italia, no aun con la Italia clásica, artística, monumental, si no con la *Italia de los siglos medios, con* la municipalidad robusta, con la república gloriosa, con el antiguo puerto de los cruzados, y uno de los emporios antiguos del comercio oriental. Magnífico espectáculo es contemplar, desde la mar, fuera de la barra del puerto, el ancho recinto de montañas fortificadas en que guareció por tantos años la patria de Colon su independencia. La pendiente que traen los montes hasta hundir sus estribos en las ondas azules del Mediterráneo está cubierta de jardines frondosos y salpicada aquí y allí de palacios de mármol; entre el mar y los montes se dibuja la estrecha y larga faja de la ciudad, coronada por las torres numerosas de sus templos; alegres lugarcillos estienden por la ribera sus millares de casitas blancas, que, fabricadas siempre á la lengua del agua, parecen bandadas de palomas, que están apagando la sed.—El señor Pacheco que ha contemplado este espectáculo, como el autor del presente artículo, lo describe ligera pero magistralmente; y dedica algunas palabras á la historia de la ciudad, á su estado presente, á sus edificios mas grandiosos que bellos, y al ferro-carril admirable, que atravesando la cordillera *del Generesada pone en comunicacion el gran puerto* de Cerdeña con la linda capital de aquel reino.—La sola calificacion de linda basta para calificar á Turin; no es una ciudad monumental, no es una ciudad artística, no es una ciudad italiana, rica en tradiciones municipales é históricas.—Es la nueva capital de un nuevo reino: una esperanza, mas que un recuerdo glorioso.—Si algo hay que allí merezca recuerdo es la dinastía: antigua y valerosa raza, que hace tres siglos pensaba ya en la libertad de la Italia y en fundar sobre ella un imperio potente; nacida en las vertientes de los Alpes, y ya casi señora del Tesino, y de buena parte del Pó; leal y heróica, que sabe aun en nuestros dias morir como Cárlos Alberto por servir á la patria, vivir como Victor Manuel para servir á la libertad.—De política, y con razon, habla el señor Pacheco al llegar á Turin; breve y con acierto como podia esperarse de sus cualidades de hom-

© Biblioteca Nacional de España

LA TOMA DE SETENIL.—Bajo-relieve del coro de la catedral de Toledo.

© Biblioteca Nacional de España

bre de Estado.—Las páginas que dedica al rey, al conde de Cavour, ese ilustre político, que está enseñando á crear gobiernos representativos de un golpe en las mas absolutas monarquías, y al desenvolvimiento uniforme, geométrico, y por grave maravilloso de la corte de Cerdeña, á las razonables esperanzas de la Italia, están escritas con juicio profundo, con grave estilo, con sumo conocimiento de la situacion de Italia y del mundo.—Ellas terminan el libro primero de esta obra, dejando en el lector vivo anhelo de comenzar el siguiente.

Trata éste de Liorna, Pisa y Florencia.—No hay cosa mas diversa que los sentimientos que escitan en el ánimo la primera de estas ciudades y las otras dos, hoy gracias al camino de hierro, separadas de ella breves momentos.—No ha muchos dias que el autor de este artículo esperimentó una diversidad semejante de impresiones yendo de Madrid, por el ramal de ferro-carril recien concluido, á la vecina Toledo.—Pueblos apartados por la historia, por las costumbres, por las opiniones, por el carácter de los lugares, de los edificios, de los habitantes, se reunen ahora á una fiesta comun, por medio de las barras de hierro que atraviesan sus campos.—Parece como que se espantan de verse juntas —Así acontecerá siempre en Toledo, yendo de la villa afortunada donde se retiró con su trono Felipe II; así acontece en Pisa, mas que en Florencia todavía, cuando se deja por ella la bulliciosa, juvenil y comerciante Liorna. Preciso es decir que en estos contrastes la desventaja para el vulgo es de las ciudades antiguas, menos relucientes, menos anchas, menos dotadas tal vez de comodidades.—Para el literato y el artista, para el Sr. Pacheco, por ejemplo, la cosa es de todo punto diversa; y él, que ligeramente habia pasado por Liorna, se detiene, juzga y discute en Pisa, estimulado por la ciencia, por la admiracion, por la razon misma, que se reposa tranquila y magestuosamente en los monumentos, cuando ellos son hijos legítimos del arte.—¡Ah! Los que hemos estado en Pisa podemos reclamar con justo título el privilegio de comprender todo lo que dice, todo lo que indica, todo lo que calla el Sr. Pacheco en su libro acerca de aquella ciudad moribunda. ¿Qué es de la antigua rival de Barcelona y de los reyes aragoneses?—Cumplida está ó poco menos la maldicion terrible de Ugolino:

Ahi Pisa vituperio delle genti
Del bel paese la' dove' l si suona;
Poichè i vicini a te punir son lenti;
Muovasi la Capraia e la Gorgona
E faccian siepe ad Arno in su la foce,
Si ch'egli annieghi in te ogni persona.

Solitarios los muelles soberbios del Arno; desiertas sus *Cascine*, alamedas soberbias donde pastan camellos, desde que, de vuelta del Asia, los trajeron los cruzados; crece el césped en sus calles, en la misma plaza de los monumentos donde se levantan á un tiempo el *Duono* y el *Battisterio*, la torre inclinada, donde estudió la gravedad Galileo, y el Campo santo que encierra en sus galerías ojivales, mas vastas, pero menos ricas que las españolas de *San Juan de los Reyes*, los grandes frescos de los pintores amigos ó contemporáneos del Dante, y cuantas reliquias clásicas se han hallado en aquella parte de la antigua Etruria.—Dice bien el Sr. Pacheco, que están en aquel lugar mal colocadas las reliquias paganas. Hace bien cuando coloca á la catedral como al *Battisterio* de Pisa entre los primeros monumentos de Italia.—Si estos renglones estuviesen destinados á ser algo mas que un artículo, seria esta la ocasion de esponer sus juicios, de confirmarlos, de contradecirlos tal vez en alguna parte; pero no es lugar, ni ocasion para tanto.—Leed, si quereis tener la idea clara que puede dar un libro de tales monumentos, el que ha publicado el Sr. Pacheco, que es modelo de exactitud y de gusto en todas sus descripciones; pero si deseais mas, si teneis proporcion de satisfacer vuestro deseo, id á verlos.—Se engrandecerá vuestro espíritu, y se establecerán en él nociones de belleza desconocida: el viaje de Italia es el primero de los viajes, y en Italia ocupa la solitaria y silenciosa Pisa uno de los lugares preferentes.

Cuando una vez se ha penetrado en el corazon de la Italia, y el alma ha comenzado á gozar de sus delicias, sucédense rápidamente las sorpresas, las maravillas, los objetos de entusiasmo.—Despues de Pisa está Florencia, como mas allá, el viajero que prefiere cruzar los montes á seguir la orilla del mar, encuentra á la romántica Siena, y á Orvieto con su preciosa catedral gótica, á Viterbo, y luego en medio del llano, á Roma, la metrópoli del mundo pagano.—No hay un punto de reposo para el espíritu; se siente siempre ó se piensa segun el caso: se vive mas que en parte alguna en Italia.—La descripcion de Florencia del Sr. Pacheco nada deja que desear sino es algun mayor número de páginas, para que fuese mas minuciosa y completa.—Y no se contenta con describir, si no que exaltada la clara inteligencia del viajero á la vista de los templos, de los palacios, de los lienzos, de las estátuas que llenan las calles, las plazas, los salones, el recinto entero de Florencia, se lanza espontáneamente á juzgar, á apreciar, y de allí á establecer la teoría de las artes, á discutir, á resolver los mas difíciles problemas que ellas han dejado en su historia.—¿Cuál fué el orígen de la arquitectura bizantina? ¿Cuál el de la gótica? ¿Qué significa el *Renacimiento*? ¿Puede decirse que la gran revolucion, con este nombre bautizada, fué de todo punto ventajosa para las artes? He aquí algunas de las cuestiones que plantea el señor Pacheco en su libro.—Sagaz, entendido, leal discutidor de cosas discutibles y discutidas de contínuo, el viajero español merece leerse, merece estudiarse, merece que sus observaciones se tengan en cuenta en cualquier controversia de este linage.

No todos estarán conformes con sus opiniones; ¿lo está por ventura con todas ellas el autor de este artículo? Pero nadie podrá dejar de reconocer, si la malevolencia no le ciega, que la obra del Sr. Pacheco contiene exactas y profundas observaciones, y que él merece un lugar, quizás el primero, entre los que han discurrido en España hasta ahora de bellas artes. Conoce el autor en toda su estension los problemas, los plantea con claridad suma, los discute con lealtad, los resuelve con acierto casi siempre, con error tal vez alguna, como sucede, como no puede menos de suceder en tales materias, íntimamente relacionadas con la metafísica y con la crítica histórica.—El autor de este artículo cree, por ejemplo, que la arquitectura bizantina no es esclusivamente una degeneracion de la greco-romana, como el Sr. Pacheco afirma en su libro; cree en lugar de eso, que es una mezcla de aquel género de arquitectura, con la manera oriental que el autor del libro de *Italia* reconoce en el género llamado *gótico* hasta ahora; mezcla, si no comenzada, autorizada y estendida cuando hubo que edificar sobre la antigua Bizancio la ciudad de Constantinopla, para salir al encuentro de las hordas enemigas del imperio.—Y lo cree porque ha hallado en las torres bizantinas de las iglesias de Roma, el ajimez gracioso y á no dudarlo oriental de la Alhambra; porque en los cláustros de San Juan de Letran y de San Pablo en Roma, ha tropezado con las mismas galerías de pequeñas columnas de mármol, ora pareadas, ora solas, con la propia variedad de capiteles, con la misma falta de basas, con igual gusto en las incrustaciones de azulejos ó piedras cocidas de distintos colores, con el mismo carácter de mezquinidad graciosa que tiene en sus ricas decoraciones la Alhambra.— Y parécele claro, comparando los edificios orientales que quedan en España; el Patio de los Leones, el Mirador, la Catedral de Córdoba, el Alcázar de Sevilla, con las verdaderas obras de estilo y carácter bizantino, tales como los cláustros citados, el de San Pablo del Campo en Barcelona, el de San Pedro el Viejo de Huesca, que ambas formas del arte reconocen un mismo orígen, ó mas bien son idénticas en sí mismas, y que deben proceder de un enlace verificado en las fronteras del imperio romano, entre la arquitectura del Partenon y la de las ciudades asiáticas, ratificado, autorizado, elevado á nueva escuela en los tiempos de la traslacion á Constatinopla de la silla imperial.—Hijo legítimo de este enlace fué sin duda el género llamado gótico, cuya forma fundamental, la ojiva, campea á un tiempo en la Alhambra, y en los tabernáculos bizantinos de las basílicas de Roma.—Pero insensiblemente la pluma se va detrás de un libro, dejando á un lado este artículo.—Decia y pretendia probar, que en materias de esta naturaleza, caben muchas opiniones diversas, pero ellas no quitan, no pueden quitar su importancia, su general evidencia á las que con raro talento profesa y sostiene el Sr. Pacheco en su obra.—En el libro II de ella, acaba la descripcion de Florencia y el autor se separa con sentimiento de *Santa María de las Flores*, del campanario del Giotto, que juzgaba digno de ser guardado en una urna Cárlos V, de la Venus de Médicis, del Apolino, de las Niobes, de la plaza del Duque, y de los puentes maravillosos del Arno, para volver á la mar, á Liorna, á Civita-Vechia, y de allí á Roma.

Por el mismo camino descrito en el libro se dirigió el autor de este artículo á Roma, en el otoño de 1855; donde halló aun al Sr. Pacheco y á su infortunada esposa, vecina ya del sepulcro, que habia de devorar en pocos momentos una belleza y una virtud dignas de ser admiradas por siglos.—Tiernas son las palabras que el Sr. Pacheco consagra á su memoria en algunas páginas del libro; más son que tiernas, merecidas, y es poco decir en su elogio.—A su lado, admiró el Sr. Pacheco por primera vez la cúpula de San Pedro, que se levanta sobre el *agro romano*, el *ager* del derecho civil por escelencia, dominando todas las maravillas del paganismo, y todas las grandezas de la ciudad cristiana.—¡Soberbia vista la de aquella ideal montaña de piedra, que se levanta sobre las que la naturaleza formó en sus contornos, y rivaliza al parecer con las cimas lejanas, donde se anidan las nieves perpétuas! De noche, cuando se dibujan con luces de color sus gigantescos perfiles, en las dos grandes festividades de la Pascua de Resurreccion y de San Pedro, es la cúpula sin disputa el mas grande de los espectáculos que puede proporcionar la mano del hombre.—A todas horas, vagando por la desierta campiña romana, es el fanal que indica perpetuamente donde están las llaves del cielo, que otorgó el mártir del Gólgota á su primer apóstol; dónde la cabeza de esta civilizacion triunfante, que han levantado los siglos sobre los escombros de la antigua civilizacion vencida.—Acercaos un poco mas y vereis ya los escombros mismos: foros, anfiteatros y circos, palacios y termas, en descarnados esqueletos de piedra: una iglesia á lo menos sobre cada grandeza destruida; una cruz en cada lugar de prostitucion ó de gloria profana.—Esa es Roma, tal como la ha visto el Sr. Pacheco, tal como la he estudiado yo mismo en veinte meses de residencia contínua.—Ni el libro de que se trata, ni otro alguno os dará una idea clara de lo que es, si no vais á verla con vuestros ojos mismos; pero, yendo, hallareis en éste un compañero elocuente que os ayude á sentir y á pensar con el poderoso espíritu de su autor, y su anticipado conocimiento de los sitios que visitais; no yendo, él os aguijará á ir incesantemente, y os dará en rostro con vuestra pereza ó vuestro mal gusto, si preferís á esa espedicion solemne y casi indispensable las vulgares romerías á que solemos dedicar en España el estío.—Dos libros enteros ha consagrado el Sr. Pacheco á Roma y sus fiestas, y no hace mas que una elocuente síntesis de lo que allí encuentra y admira, si tiene ojos para ver, el viajero.

¡Lástima grande que no haya ido mas allá de Roma en sus escursiones el Sr. Pacheco!—Tendríamos completa una obra de que carecemos hasta ahora, y que tal como está, es ya una joya literaria de gran precio.—Tal vez el autor se decida este año á visitar á Venecia, á Milán, á Nápoles, á Bologna.—Así cumpliría la promesa escrita en la última página de su hermoso libro.—Lo deseo por lo mismo que he leído y he podido juzgar, el que da ocasion á este artículo.—Lo deseo por lo mismo que tanto se echan de menos los libros españoles destinados á describir aquellas nobles provincias, que eran hermanas nuestras no hace mas que siglo y medio; y con nosotros compartieron la suma de las prosperidades, y el estremo de la degradacion y de la desdicha.—Lo deseo, últimamente, por amor á la Italia, por cariño al Sr. Pacheco, á quien el autor de estas líneas se complace en respetar como maestro, y en admirar como lo que es, como uno de los hombres cuyo talento mas honra á su patria.—¡Quién sabe si al propio tiempo que el Sr. Pacheco escribe su nueva obra, me resolveré yo tambien á escribir algunas humildes páginas sobre Italia! Inferiores serán en mérito á las suyas; mas no haya miedo de que falte materia para que parezcan originales ó nuevas — ¿No he dicho ya que son inagotables los sentimientos que inspira la Italia?

Esto no es fácil comprenderlo sin visitarla y leer todas sus descripciones; pero cuando así se ha hecho, ni siquiera es posible dudarlo. En cada una de las góndolas que durante la noche surcan silenciosamente los angostos y oscuros canales, que dan paso de la plaza de San Marcos y los teatros á los *hoteles* situados sobre el *Canal Grande*, se puede albergar un pensamiento, una meditacion, el asunto de un libro diverso, original, estraño, sobre la ciudad de las lagunas, sus tradiciones, sus monumentos de belleza solitaria.—Y no es fácil suponer que pasen por dos distintas cabezas idénticas, ó siquiera parecidas imaginaciones, si desde la cumbre de Posílipo contemplan sus ojos el golfo á que Nápoles da nombre, y las islas que bordan el manto azul de la mar; Capri, teatro de las lascivias de Tiberio; Nisida, donde ocultó Bruto los remordimientos de la muerte de César; Ischia, donde aun habitan mugeres griegas; la costa de Baía, que presenció los mayores de los crímenes de Neron, el naufragio fingido primero, el asesinato mas tarde de su madre; aquel lago Averno, selvoso y siniestro, coronado por las colinas que encierran en sus entrañas la cueva pantanosa de la Sibila, donde Virgilio colocó la accion del mas sublime de sus libros; una tumba sombreada de sauces, á la cual disputa la crítica implacable de nuestros dias el honor que le otorgaron los siglos, de contener los huesos del gran épico latino; un monte levantado á vista de nuestros padres por uno de los volcanes pasajeros, que abre á cada paso en las costas meridionales de la Italia, desde la cuenca del Tiber hasta las bocas pavorosas del Etna, el fuego generador del universo; otro monte, el Vesubio, que incendia los aires de vez en cuando todavía, dando orígen á la vejetacion mas poderosa, y calor y tal vez vida á los mas vigorosos ingenios de la tierra.

A. Cánovas del Castillo.

## LA TOMA DE SETENIL,

BAJO-RELIEVE DE LA SILLERÍA BAJA DEL CORO DE LA CATEDRAL DE TOLEDO.

En el momento en que nuestros lectores toman en sus manos El Mundo Pintoresco, las de S. M. acaban de abrir á la pública circulacion el ferro-carril de Toledo, verdadero trasunto de aquel «Sésamo, abrete» de las *Mil y una noches*, porque Toledo es una gruta llena de tesoros, puesta de hoy mas á disposicion de los avaros de la inteligencia y del arte. No han de pasar muchos meses sin que sus maravillas sean tan populares, sin que sus solitarios monumentos aparezcan tan poblados de curiosos, como hoy lo están los jardines de Valencia. Para el artista español, el viaje á Toledo es tan necesario como para el árabe la peregrinacion á la Meca.

Entre los preciosos y nunca bien ponderados detalles de la insigne basílica que fundó el católico Recaredo, y embellecieron y perfilaron á porfía los Alonsos y los Fernandos, los Jimenez de Rada, Mendozas y Cisneros, sabido es que descuella grandemente la sillería baja del coro de la catedral, tallada en madera por maese Rodrigo, de órden y bajo del mando del cardenal Ciśneros. Esta sillería es el único poema épico que España posee; comprende toda la conquista de Granada: retrata todos sus personajes, y sigue en fin paso á paso á aquellos gloriosos conquistadores, que no cejaron hasta tremolar en Africa la cruz que pocos siglos antes solo en los vericuetos de Covadonga tremolaba.

La rendicion de Setenil, que representa nuestro dibujo, es uno de estos bajos-relieves, el mas precioso quizás para la historia y el arte. Hasta grabó en la madera maese Rodrigo los rasgos de la persona del Rey Católico y del gran cardenal de España. Incomprensible parece que un oscuro artesano de Toledo se elevára desde el confin de la edad media en alas de su genio á una altura que tardaron algunos años en ganar Felipe de Borgoña y Alonso Berruguete, discípulos ya de un sublime maestro que se llamaba Miguel Angel.

Esta sillería es de nogal; su estilo, gótico. Empezó á construirse en 1495.—Setenil, villa del reino de Granada, fué acometida por el Rey Católico en 1484; pero no se rindió hasta que las bombardas y culebrinas (que por primera vez se usaron en esta guerra), dirigidas por el marqués de Cádiz en persona, abrieron brecha en el muro. Probablemente será el ilustre Rodrigo Ponce de Leon el que apare-

© Biblioteca Nacional de España

ce en el cuadro á la izquierda del cardenal, dirigiéndole la palabra. Escusamos añadir que el que recibe las llaves de la poblacion de manos del prosternado alcaide moro, es don Fernando de Aragon, marido de Isabel la Católica. No hay en España crónica que arroje tan viva luz sobre los trages, las armas y las costumbres del siglo XVI.

Este relieve, como todos los que iremos publicando, ha sufrido bastantes golpes del tiempo y de la incuria. El caballo del Rey Católico tiene rota una mano, y en otros detalles se lamentan iguales deterioros.

# LOS PIRATAS CALLEJEROS.

CUADROS DE COSTUMBRES

POR

**D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.**

II.

EL PIRATA DE LAS REINAS DEL ESTROPAJO.

(*Continuacion.*)

El aficionado á este género, aunque sea un chico de buen corte, que no siéndolo no se concibe que sea pirata, ni puede serlo con fortuna, es generalmente aficionado á vivir entre el fresco y claro ambiente de la mañana, envuelto en su capa en el invierno ó con un ligero traje de la estacion en el verano.

La criada conoce á legua al pirata, como el pirata conoce á legua lo mas ó menos difícil de la conquista de la presa que se le presenta.

Ella echa sus cuentas antes de ser abordada, y el pirata examina lo que la criada viste, y si aquello ha podido salir ó no de su salario.

Despues de esta recíproca observacion que se hace á distancia, el pirata y la doméstica se encuentran marchando en una misma línea.

El «¿me permite V. que la acompañe?» no se usa con las doncellas de estropajo: esto seria una tontería, porque ellas no necesitan ir acompañadas, ni siendo sirvientes tienen necesidad de ser servidas.

A estas doncellas se las acomete hablándolas de tú y de esta ó de otra manera semejante:

—¿Adónde vas tan deprisa, chica?

Si la criada es práctica, se calla á las primeras palabras, pero se sonrie, á no ser que *esté comprometida* y vaya por una calle por donde puede encontrar á su compromiso; en cuyo caso, se pone groseramente séria, como no sabe ponerse séria ninguna muger mas que ella, y responde sobre la palabra del pirata:

—¡A ver si se quita V. de enmedio! ¡pues me gusta el silvante! ¿si se creerán que va una por la calle para dar gusto á todo el mundo?

Y se aleja pronunciando otra multitud de improperios.

El pirata conoce que hay moros en la costa, que nada conseguirá de aquella virtud del momento mientras tenga ella moros á la vista, y si ha contraido un empeño porque esta ó la otra cualidad física de la muchacha le haya parecido de primer órden, la sigue, ve con quién se reune al doblar la esquina, si es algun criaduelo, lacayo ú otro individuo *ejusdem furfuris*, ó bien hortera, ó estudiante, que á estos tambien les dá por tener novias criadas, ó si bien es otro pirata que se ha anticipado.

Si el acompañante de la criada es novio, el pirata la abandona á su destino, y se pone en demanda de otra; pero si el prógimo por quien la acometida se ha convertido en Lucrecia es otro pirata, entonces el desairado siente una comezon inesplicable, terrible, de vencer á su rival: es ya un empeño de amor propio, una lucha de amor propio, una cuestion de honra. El pirateo se convierte en conquista, y desde que se convierte en conquista, pierde enteramente su interés para nosotros, deja de ser una hazaña de pirata para convertirse en un empeño de tonto: el pirata se trasforma en hombre con todas sus debilidades, se bastardea, y en vez de engañar, es engañado.

Porque el pirata seguirá á la desdeñosa y á su rival triunfante, haciendo un papel poco honroso, convertido en perro, en sombra, en autómata, deteniéndose cuando ellos se detengan, ocultándose, buscando recursos para ocultar lo ambiguo de su posicion, y por último resultado, espera á la doméstica en otra hora, en otro lugar, y logra hacerse escuchar de ella: ya no es mas que la víctima número dos, el segundo filon esplotado de la doncella de cocina, porque cuando un pirata se ha degradado hasta el punto de descender de su alta é independiente posicion, llega sin dificultad al lamentable estravío de sufragar parte de los gastos de la doncella sirviente, lo cual no es ya ser sacrificador sino víctima.

Si por el contrario, la acometida en vez de soltar una andanada de insolencias al pirata, templa lo precipitado de su marcha, como si dijésemos, si se deja de querer, el diálogo toma este carácter.

—¿Cómo quiere V. que yo crea que viene V. por bien? dice la fregona. Yo soy una pobre, y V...

—Yo soy un hombre, contesta el pirata, como tu eres una muger muy mona y muy bonita.

—Estése V. quieto: pues estamos bien... V. debe buscar una señorita...

—No me gustan las señoritas: son muy fastidiosas y se la pegan al lucero del alba: yo quiero una muchacha honrada como tú...

—¡Ah! lo que es eso sí... dice con un insolente orgullo la doméstica: ¡bonita soy yo!... hace cuatro meses que he venido de la tierra, á servir como Dios manda, honradamente, y á nadie le he dicho todavía ojos negros tienes: ¡para que una se fie! lo que quieren los señores, y los que no lo son es divertirse con una... y ofrecen y dicen..... y vaya..... si una los creyera... yo creo... el que no se case conmigo ya está fresco... lo que saque de Rosalía que lo eche en adovo... como que soy hija de buenos padres: y si V. viene con mala intencion, ya puede V. largarse... porque yo... ¡bonita soy yo!

—¿Quieres buñuelos, Rosalía? dice el pirata parándose en la puerta de una fábrica de masa frita.

—No, no señor, gracias... estoy de prisa... son ya las ocho... y la señora vieja tiene un genio que ya! la otra es distinta, se levanta á las doce, y con el tocador y las visitas no entra nunca en la cocina.

—¿Pero quieres buñuelos?

—Otro dia.

—No, hoy.

—Me van á reñir.

—Si te despiden, aquí estoy yo,

—¿Y qué tenemos con que esté V. ahí?

—Yo te mantendré...

—V. viene con mala intencion.

—¿Pero quieres buñuelos?

—Entraré un momento por dar gusto á V.

El pirata entra y se dirige al fondo de la cueva, al rincon mas oscuro, como si dijéramos al antro del lobo.

—Pero, ¿adónde va V? dice la muchacha; allí no se ve.

—Por lo mismo, tengo que hablarte formalmente, y no quiero que nadie nos escuche. Siéntate. Así nó, junto á mí. ¡Una libra de buñuelos con azúcar y dos vasos de anisete! ¡pronto!

La muchacha ha dejado la cesta sobre la mesa, y el pirata la ha agarrado una mano. Por la manera de defenderse la agarrada, conoce el pirata si es género flamante ó casa desalquilada; si al sentirse asida su mano la muchacha se pone encendida, francamente séria y silenciosa, y aparta la silla, una llamarada súbita se apodera del corazon del pirata que conoce que por una casualidad ha dado con una escepcion; aprecia, como suele apreciar aquella especie de ángel disfrazado de criada, casi ama, y se hace un tanto respetuoso, y un mucho galante, con una galantería especial al alcance de la comprension de la galanteada: la elogia, la piropea, la respeta, y aun no han acabado de consumirse los buñuelos, cuando el pirata dice:

—Quiero que me hagas un favor.

—¿Cuál? dice la doncella.

—Dame ese cordon de pelo, y esa cruz que tienes al cuello.

—¿Y para qué?

—Para ponérmela yo al mio.

—Qué, si no vale nada.

—Pues yo lo aprecio mucho.

—Vamos, no; esta cruz me la ha dado mi hermana.

—Yo te compraré otra de oro... no, te la comprarás tú á tu gusto, toma.

Y saca tres ó cuatro napoleones.

El pirata ha buscado una manera delicada de ofrecer dinero á aquella chica que no está viciada todavía: la chica, como es pobre y ha venido á hacer suerte á Madrid, se resiste á tomar el dinero; pero de una manera tal, que da á conocer claramente que tiene grandes deseos de tomarlo. El pirata la persuade, y toma las piezas de cinco francos, despues de lo cual es imposible resistirse á entregar el cordon de pelo y la cruz, que como quien dice, se ha cambiado. Pero es el caso, que el pirata, que desde que da dinero empieza á ser audaz sin temor, ya sabes el por qué, no se contenta con que le den la prenda pedida, sino que quiere él mismo tomarla: la muchacha resiste, pero el pirata insiste, y entretanto la muchacha ha hecho el siguiente razonamiento:

—Si no me quisiera, no me hubiera dado dinero; si me quiere, es ya distinto... si no quiero lo que él quiere va á incomodarse... y no está fino que yo le disguste, cuando es tan amable.

Y despues de este cálculo, la muchacha, habiendo visto antes que nadie puede verla, dobla su cuello y le presenta al pirata. Las manos del pirata al desatar el cordon suelen estraviarse, y sus labios suelen besar aquel cuello; la muchacha sorprendida, se calla, y se pone de pie. El pirata paga, salen de la buñolería quedando citados para el primer domingo á las tres de la tarde.

Fácil es adivinar el desenlace.

El pirata no gastará mucho mas de tres napoleones con la chica; pero la chica gastará con él todo su tesoro.

Al mes, el pirata habrá hecho otra conquista, y la chica vengará en un segundo amante el abandono del primero.

¡Ah! ¡pobres doncellas de servicio!

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(*Se continuará.*)

## EL CAMPO DE ALMANSA.

Sabido es que S. M. al regresar de Valencia ha visitado detenidamente el campo de Almansa, célebre por mas de un título en los fastos de nuestras glorias. Almansa con efecto debe considerarse como la cuna de la dinastía borbónica en España, y con razon escitó la inteligente curiosidad de doña Isabel II.

El 25 de abril de 1707, el duque de Berwich, general de las tropas de Felipe V, ganó en los campos de Almansa con fuerzas muy inferiores aquella batalla memorable y decisiva, que dió á la casa de Borbon la corona de España. He aquí como describe las consecuencias de este trance el marqués de San Felipe en sus *Comentarios de la guerra de sucesion*.

«Tuvieron los franceses y españoles una completa victoria, y decisiva porque si la hubieran perdido era segura la subversion del trono. . . . . .

»Esta es la célebre batalla de Almansa, á la cual dió eterna memoria el rey con una columna que mandó erigir, y entallar en mármol su inscripcion. No será menos eterna la gloria que adquirió el duque de Berwich: parte de la cual tocó á los que se distinguieron, y fueron el duque de Pópuli, el de Sarno, el Sr. de Davaré, don Cárlos de San Egidio, don Miguel Pons, don Antonio del Valle, don Juan Caracciolo, don Lelio Carrafa, el marqués de Santelmo y Pisaneli, quedando muchos de estos heridos. Sostuvo valerosamente el lugar de don Diego Dávila, don Gerónimo de Solís y Gante, despues de muerto aquel. Tambien murieron en el ardor del combate el Sr. de Polastron y Sileri, franceses: no quedaron los valones inferiores, y entre ellos el señor de Bucoy, el duque de Abré y Potellbergh. Mucho mas que todos los franceses hizo Asfelt, que al otro dia trajo prisioneros, con el conde de Donna, trece batallones, que sitió en las alturas de Caudete, cinco de ingleses, otros tantos de holandeses y tres de Portugal. Quedó en el campo rico botin á los vencedores; donde se hallaron, sobre infinitas armas y provisiones de guerra, veinte piezas de cañon, trescientos carros cargados de municiones, y ciento y doce banderas (1). Se rindieron prisioneros cinco tenientes generales, siete brigadieres, 25 coroneles, 30 tenientes, capitanes y subalternos 800, soldados prisioneros 12,000, sin los que murieron en el campo, que fueron 6,000. Estos 19,000 hombres perdió el rey Cárlos (*el archiduque*); y fué tanta la desercion, que en la revista que el marqués de las Minas y Gallobay mandaron pasar en Tortosa (adonde se retiraron) no llegaban á 5,000, y estos los mas de caballería, porque los infantes no pasaban de 800. Dos mil y quinientos españoles murieron, los mas de los guardias del rey, *que hicieron maravillas*, y mas de 1,000 quedaron heridos. Esta tan cumplida victoria abrió al vencedor toda la tierra no fortificada, menos Alcoy y Játiva...»

El monumento de que hablan *los Comentarios* es el que hoy existe, el mismo que ha visitado Isabel II, inspirándole estas notables palabras:

—*En aquellos tiempos los hechos eran grandes y los monumentos pequeños; ahora por desgracia, se elevan grandes monumentos para sucesos insignificantes.*

(1) Estas banderas las trajo á depositar en Atocha al brigadier Ronquillo.

© Biblioteca Nacional de España

Figurin.

El de Almansa, que es una sencilla pirámide, tiene cuatro inscripciones; una al poniente, otra al mediodia, otra al oriente y otra al norte. La de poniente, que es la mas detallada, dice así:

*Para eterno reconocimiento al gran Dios de los ejércitos y su Santísima Madre, de la insigne victoria que con su proteccion consiguieron en este sitio á 25 de abril de 1707 las armas del rey N. S. D. Felipe V el Animoso, auxiliado del señor rey cristianísimo, Luis XIV el Grande, siendo general de todas el mariscal duque de Berwick, contra el ejército de rebeldes y sus aliados de cuatro grandes potencias, quedando enteramente derrotados, muertos en la campaña, heridos y prisioneros 16,000, apresada toda la artillería, tren y bagajes, con un botin riquísimo.*

Las otras inscripciones son alusivas al mismo objeto; dos están en versos españoles y latinos, y la otra recuerda que tambien en los campos de Almansa derrotó don Jaime el Conquistador á los moros en 1255.

Cuando se acercó la Reina al monumento, se hallaba de pie sobre su gradería un hombre del pueblo, vestido con una esclavina corta encarnada, una mitra y una alabarda. Faltaba solo la Vírgen de Belen, que en Almansa se venera, ceñida con la faja del duque de Berwik, para completar el poético marco en que la tradicion ha incrustado este cuadro guerrero. Cuéntase que en la sazon en que mas indecisa estaba la victoria, se apareció entre los combatientes un hombre del pueblo, que ciñendo una mitra, una esclavina y empuñando una alabarda, despojos de los enemigos, dió á los españoles y franceses la victoria, al grito de ¡*viva la Vírgen de Belen*! Nuestro pueblo siempre es poeta.

El hombre que ocupaba la gradería es descendiente del que recogió la mitra y la esclavina en el campo de batalla, y las guarda como juro de heredad. El duque de Berwik puso su faja á la Vírgen de Belen, que la ciñe todavía.

La ciudad de Almansa tiene tambien ilustre historia. Se atribuye su fundacion á los griegos con el nombre de Mek; D. Jaime I de Aragon la arrebató á los moros en 1255, poniendo su campo en el que hoy se llama el Real. Entonces trocó su nombre de Elmántica por el de Almansa. D. Alfonso el Sabio le dió los fueros y privilegios de Córdoba, Cuenca, Sevilla y Alicante, privilegios que aumentaron los Reyes Católicos por haberles permanecido fiel en la rebelion del marqués de Villena, á cuyo marquesado pertenecia.

A. M.

---

Hemos dicho ya que la renta de correos es una de las que mas progresos positivos han hecho en nuestro pais, y hoy vamos á probarlo con datos auténticos, porque son oficiales.

En 1856 circularon 29.028,967 cartas del reino, 362,468 de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas, y 848,740 del estranjero, habiéndose vendido 31.069,766 sellos, cuyo valor fué de 15.014,158-36 céntimos.

En 1857 han circulado 33.274,223 cartas del reino, 404,400 de Cuba, *Puerto-Rico y Filipinas y 978,461* del estranjero, habiéndose vendido 36.382,157 sellos, cuyo valor asciende á 17.707,026-98 céntimos. —Resulta, pues, un aumento de 4.245,265 cartas del reino, 41,932 de Cuba y Filipinas, y 129,721 del estranjero, importando los 5.312,391 sellos que se han vendido mas, 2.692,866-62.—Ha habido pues aumento en todo, en la circulacion interior y esterior, y en el producto de la renta. La cifra del estranjero es tan notable (129,721) que indica un desarrollo pasmoso en nuestro comercio.—Uniendo á la primera suma la correspondencia oficial, los pliegos de pobres y de oficio y los certificados, se eleva á 38.672,286.

Unicamente el correo interior ofrece poco movimiento en las poblaciones donde se halla establecido, que son en verdad pocas todavía, pues solo han circulado en el año último 740,681 cartas.—Como institucion nueva tarda en aclimatarse; pero nos apresuramos á decir, que en lo que va de 1858 progresa *admirablemente, pues ha habido dia* de 3,000 cartas, solo en Madrid.

Los meses en que se despachan mas sellos son agosto, setiembre y octubre. Nuestra nacion esencialmente agricultora, en esos meses vive mas, porque entonces cumplen los arriendos, se venden las cosechas, etc.

La línea de mas movimiento de todas las de España es la de Andalucía: por ella han circulado en el año 21,710 paquetes de cartas: luego siguen las de la Coruña y Valencia, donde han circulado 11,000 y pico. La línea de menos circulacion es la de Badajoz, que solo figura con 5,731 paquetes.

No ha sido tampoco escasa la circulacion de valores por correos, pues asciende á 314.258,099-38. Solo en la administracion de Madrid se han recibido 190.369,849-9, y en la de Barcelona 68.639,013.—El papel que mas ha circulado es el 3 por 100.

Los periódicos han pagado en 1857 por timbre 832,464-71, suma *que prueba ya la importancia de* nuestra prensa; y en este año, que desde una fecha muy reciente se admiten en correos los libros, nuestro progreso intelectual se verá mas palpable.

## MODAS.

Lo escocés reina absoluto en los dominios de la hermosura. Ninguna tela que no tiene dibujo escocés puede aceptarse. Por eso los tafetanes, las granadinas, los organdis adoptan los colores de los antiguos bardos. Los chales de cachemira negra tambien son de primera necesidad, porque casan perfectamente con todos los colores: las sombrillas blancas, de color de rosa, ó verdes claros, con guarniciones de cisne, como la que aparece en nuestro figurin. Los sombreros de crespon y blonda blanca siguen dominando, si bien ya empiezan á destronarlos los de paja de Italia.

Pero en las niñas es donde agotan sus encantos las modas de junio. Un sombrerito semi-Pamela, de paja de arroz ó paja inglesa, coronado por una airosa pluma, les dá una gracia indefinible. El vestido es de muselina ó piqué bordado á doble falda. Zapatos muy escotados, sin galgas, y con un lazo encima, completan este elegante adorno de las niñas. Para sus hermanitos, ya se sabe, el trage escocés, que les gusta tanto, siempre es de moda; pero algunas mamás elegantes de Madrid, empiezan á vestir á sus hijos á la marinera, que es traje muy á propósito para correr dentro de unos dias por la orilla del mar en Portugalete, San Sebastian, el Cabañal ó Biarritz.

María Antonieta.

*Por todo lo no firmado:*

Barrantes.

---

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTINEZ.

MADRID.—1858.

*Imprenta y litografía de D. Juan José Martinez.*
calle del Arco de Santa María, núm. 7.

© Biblioteca Nacional de España